

El compromiso del maestro rural

Efrén Galván Escobedo

Con un bagaje cultural que sólo comprendía la escuela primaria y los primeros tres años de una escuela preparatoria, cuyos programas abarcaban cinco en el colegio del Estado de Puebla, inicio mis experiencias como maestro, abandonando la carrera de médico que proyectaba seguir, para atender los apremios económicos de la casa materna.

Al ser designado profesor del Departamento Foráneo del Estado en 1931, principia mi labor docente dentro de un humilde conglomerado de maestros cuyas características sobresalientes eran: una total entrega a su misión y una extrema pobreza que soportaban con gran dignidad. Su nivel cultural era muy variado, los había autodidactas cuyos conocimientos podrían abarcar hasta el cuarto año de la escuela primaria, o bien "destripados" de un segundo o tercer año de la carrera de Derecho; un maestro que había desertado de un seminario para sacerdotes y había estudiado teología. Cuatro años de labor docente en escuelas semiurbanas en Zacapoaxtla, Zinacatepec y Coxcatlán; llevaban los mismos programas y calendarios oficiales que con pocas variantes se habían realizado desde tiempo antes; en el aspecto pedagógico, se vive la transición del paso a la escuela laica, persisten grupos que piden que en la escuela se enseñe el catecismo del padre Ripalda.

La escuela oficial para niños y la escuela oficial para niñas; los horarios, de ocho a 12 por la mañana y de 15 a 17 por la tarde. Los grupos del tercer grado extendían el horario matutino hasta las 13 horas. Los programas son con estricto apego a las materias académicas clásicas y horarios rígidos con la sola variante de trabajos manuales para niños (artesanías sencillas), economía doméstica para niñas (costura y bordado). En cuanto a los métodos de

enseñanza, cada maestro inventa el suyo o imita a sus propios maestros, el error más frecuente consiste en que los temas de las asignaturas no se imparten de acuerdo con el grado y grupo, persistiendo la manía antipedagógica. En tanto que el director o el inspector no le ponían coto, a mí me gustaba agregar el álgebra a la aritmética de sexto año.

El fenómeno de la migración de los maestros de las escuelas del Estado hacia las escuelas de la Federación tuvo a mi parecer dos causas primordiales. La primera, que el pago de los sueldos era con retraso de hasta cuatro meses, siendo los salarios de dos a tres pesos diarios menguados por los gastos de traslado a la oficina recaudadora más próxima. Al llegar el fin de año, con probabilidades de cambio en la situación política, cosa que era común, y con los gastos inherentes al fin de año, los maestros "venden" sus recibos, los compradores los toman con el "módico" 35 por ciento de descuento. Ellos sí pueden cobrarlos. Si consideramos un presupuesto de un peso diario por las tres comidas en una fonda humilde, alojamiento en una casa particular de ancianos que complementan su presupuesto, rentando por 50 centavos diarios un cuarto en que había una cama entre los trebejos, quedaba, en términos reales, un peso para ropa, calzado y mandar dinero a casa. ¿Cómo hacer milagros? Con los descuentos, los salarios reales del maestro rural en la Federación sumaban por mes 56 pesos, pero eran puntuales y seguros.

La segunda, que se iniciaba el auge de la escuela rural que se veía como el advenimiento de una escuela nueva. En las montañas, los valles, las barrancas, las riberas de los ríos, por donde quiera, comienzan a surgir pequeñas construcciones blancas, es la Escuela Rural Federal, en cuyos inicios no tuvieron locales propios. Los maestros trabajaron bajo los árboles; una mesa, varias vigas y un pizarrón colocado sobre un atril improvisado era todo el mobiliario. Se perciben grandes cambios; se acaban los horarios rígidos. La escuela es toda la aldea. El material didáctico está en la naturaleza: el bosque, el río, la montaña, los pájaros, las estrellas... A las ciencias naturales que se viven sólo resta agregar los elementos sistematizadores y clasificadores, tarea que el maestro debe asumir. Luego la lectura, la escritura y las operaciones fundamentales de las matemáticas; la historia patria y la geografía y en el contexto escuela-comunidad infundir los conceptos de amor a la patria, de solidaridad social. En fin, el programa oficial en el lenguaje y nivel intelectual de quienes nos escuchan y ven como sus guías.

Me sumo pues al éxodo iniciando mis labores en la Escuela Rural Federal de Texcaltitla Zinguilucan, Hidalgo. Es lo que aún

quedaba de una antigua hacienda pulquera, pero persistiendo todas sus características fundamentales. En una enorme y antigua construcción típica de casco de hacienda, grandes salones que debieron ser graneros, bodegas de aperos de labranza, que rodean un enorme patio donde quedan algunos abrevaderos y carretas; enfrente del gran portalón o entrada principal está la iglesia. En un segundo piso hay habitaciones que se supone ocupan las oficinas y la casa del hacendado, que está comunicada con el foro de la iglesia, era lo mejor en instalaciones de vivienda. Los tlachiqueros, que recolectan el aguamiel de los magueyes, llevan un burro que carga dos barricas que se van llenando conforme la succionan y vacían con su típico calabazo largo y hueco. Son ejidatarios que venden el aguamiel de sus magueyes; no se nota división de parcelas y hay áreas sembradas con maíz y frijol para el consumo familiar. Ya no ocupan las habitaciones que como peones acasillados ocupaban en el casco, viven a campo abierto en chozas miserables.

La escuela rural estaba instalada en uno de los salones grandes y fríos. Seis grandes bancas-pupitre, un pizarrón y 60 niños y niñas que tenían escolaridad para formar tres grupos, de primero a tercer años, que debía atender yo. Se me proporcionó en el segundo piso una habitación y un catre plegadizo de fierro. Con una oficina para el contador y una pequeña tienda de raya se complementaba este micromundo como muestra superviviente de un feudo pulquero, en el que por las tardes se escuchaba todavía el canto tradicional de los tlachiqueros al cerrarse el tinacal. Era un canto triste. ¿Cómo afrontar pedagógicamente la enseñanza de los tres grupos, si sólo el primer año requería con urgencia toda la atención del maestro?

Escaseaba el agua potable, cada choza tenía un barril donde el tlachiquero, que percibe su dotación de aguamiel, forma su propio tinacalito. Los niños toman pulque, a veces como único alimento y me enfrento frecuentemente con el trágico problema de su asistencia con cierto grado de perturbación mental que no llegaba a la embriaguez completa. ¿Cómo enfrentar este terrible drama? La primer medida consistió en aprovechar las horas de la mañana lo mejor posible, ampliando el horario y dividiéndolo en tres sesiones, comenzando con primer año.

Dividido el pizarrón en tres partes con dos rayas verticales de gis, poner tarea de aritmética a segundo y tercer años y comenzar a dar clase al primer grupo. Los elementos de aritmética: sumas y restas con piedritas asociando los ejemplos con números en el pizarrón. Las vocales con el método onomatopéyico de Torres Quintero sintetizando todo. Siempre, a lo largo del tiempo, fue el

método ideal para nosotros, pues el método natural que recomendaban los inspectores requería material didáctico que no había y nos parecía más difícil al carecer de una base objetiva. El onomatopéyico partía de lo simple: la letra de la que se forman las sílabas y luego las palabras... No había tiempo para más, por lo pronto, y se pasaba al segundo y tercero, que por fortuna tenían secuencia de programas en la aritmética y lengua nacional, que sólo se graduaban y se ejercitaban los temas en la sección correspondiente del pizarrón que no dejaba de usarse. Los elementos de geografía se impartían aprovechando las experiencias de los alumnos y el ambiente. Lo urgente eran la aritmética y lengua nacional, que los niños aprendieran las cuatro operaciones fundamentales y a leer y escribir.

Los programas para la implantación de la escuela socialista llegan a las comunidades rurales en forma sorpresiva, afectando, en primer término, a nosotros los maestros que, careciendo aún de una preparación pedagógica completa para cumplir con las normas tradicionales de la educación, nos vemos de pronto abrumados por una literatura en que se esbozan los principios filosóficos de la reforma educativa que abandona el carácter pedagógico al que estábamos acostumbrados y asume el carácter de una ideología política con aspectos dogmáticos.

Mis apreciaciones vividas en la época como maestro rural en escuelas del sur del Estado de Puebla y norte y centro del Estado de Hidalgo, en términos generales, pueden bosquejarse así:

1. Polémicas y debates en torno al aspecto político, social y religioso que involucraba la implantación. En los sindicatos de maestros, de obreros y sociedades de padres de familia, se suscitó una gran confusión por las diversas interpretaciones a que se dio lugar.

2. Surgen corrientes en que cada sector sale en defensa de su respectiva posición política, económica o religiosa, dando origen a divisiones que auguran cosas graves. Se caracterizan a grandes rasgos tres tendencias:

a) Los radicales de derecha ultramontanos que no aceptan ni el diálogo. Piden la expulsión de los maestros que se adhirieron a la reforma, llegando a la agresión armada de los vehículos de las Misiones Culturales. En este grupo destacan los caciques latifundistas con asesinos a sueldo.

b) Los radicales de izquierda que pretenden que las teorías marxistas se den a conocer, desde ya, para lo cual los maestros rurales "son los más indicados". Creo que el epíteto de "exótica" que se aplicó a la teoría, se debió a la forma antipedagógica y violenta con que se quisieron hacer llegar las ideas a la gente. Los términos

como "dictadura del proletariado", "lucha de clases", "trotskismo" requerían de un fondo histórico que ni aun las personas de cultura media poseían; no obstante, se usaban en las reuniones públicas a las que asistían grandes grupos de campesinos analfabetas. Nos parecía que se atendía más a la forma propagandística que metodológica en la actuación de estos grupos.

c) Los moderados, que independientemente de su estrato social percibían en el fondo de las teorías que se escuchaban, el advenimiento de una revolución ideológica que tiende a una justicia social. El fenómeno se asocia en muchos casos al nivel cultural del individuo, llámese clase acomodada, clase media o clase humilde, asumiendo en forma tácita una postura política congruente con su proyecto personal de vida. A este grupo se asocian en primer lugar quienes ya habían percibido el carisma, la gran simpatía y el respeto que el presidente Cárdenas se había ganado, a grado tal, que aun quienes habían sido afectados por los repartos de tierra consideraban las reformas agrarias como justas, que tarde o temprano llegarían. Una enorme mayoría estaba constituida por campesinos que ya cultivaban sus parcelas ejidales o iniciaban sus trámites para los repartos agrarios en proyecto. Todos eran católicos y veían con recelo la reforma educativa, la escuela socialista de la que, en algunos casos, sólo tenían informes en la iglesia. Pero el increíble afecto y respeto que el general Cárdenas les había infundido soportaba cualquier crítica. Si la escuela socialista la implantaba "Tata Lázaro", tenía que ser buena. Este fenómeno de fe cardenista, más que la comprensión de la teoría filosófica del socialismo, dio origen al apoyo que estos grandes grupos brindaron no sólo a la idea de la reforma educativa, sino a todo el plan de gobierno cardenista que adquiere una definitiva adhesión al expropiarse las compañías petroleras. Esto da origen a una gran moderación en las posiciones políticas y criterios que iban en vías de radicalización. En las juntas sindicales de zona que se verificaban cuando los inspectores de educación convocaban, para dar las instrucciones que a su vez recibían de las autoridades respectivas, ya no se escuchaban los epítetos de "reaccionarios", "clericales", "comunistas", etcétera, términos que en general no eran tomados en serio. Al finalizar las juntas, todos amigos; la nobleza de nuestra misión nos unía, estábamos conscientes de que las pasiones eran temporales y que pronto o tarde las cosas tomarían un cauce justo.

De todas formas nos adentramos en el significado del texto constitucional. ¿Cómo íbamos nosotros, humildes mentores de la niñez del campo, con un nivel cultural promedio de sexto año de escuela primaria, a "organizar sus enseñanzas y actividades en

forma que permitiera crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social?"

Los alumnos de la escuela preparatoria del colegio del Estado en Puebla acostumbrábamos leer los libros científicos que entonces se hicieron famosos y que causaron impacto en esa generación, destacándose en primer lugar: *La física, aventura del pensamiento*, de Albert Einstein y *La incógnita del hombre*, del doctor Alexis Carrel, de los cuales obtuvimos los conocimientos que nos llevaron a la conclusión de la gran problemática que encierra el intento del hombre por conocer el mundo que lo rodea, y que lleva al gran físico a la conclusión de que: "sin la creencia de que es posible encerrar la realidad en conceptos teóricos, el hombre no hubiera hecho ciencia".

El fenómeno de la radicalización, que en los centros urbanos se acentuaba profundamente, va perdiendo su violencia a medida que se extiende a las zonas semiurbanas y comunidades rurales, hasta llegar a las más pequeñas en las que los maestros siguen, en términos generales, su rutina didáctica basada en la escuela tradicional del artículo 3 de la Constitución de 1917, o bien, de acuerdo con su criterio, elaboran su método que copian de los que usaron los maestros de las escuelas porfirianas en que ellos se habían educado. Para ellos el tiempo se había detenido.

Ante esta situación y debiendo cumplir nosotros con nuestra función educadora, al iniciarse el año escolar de 1938 me tocó la suerte de desarrollar mi trabajo en la Escuela Federal de San Cristóbal Metztlán del Estado de Hidalgo. Mi tarea en perspectiva abarcaba los siguientes aspectos: desde la reconstrucción de la escuela que había estado cubierta por las aguas de la laguna de Metztlán, hasta la dotación del mobiliario y material de trabajo para iniciar las labores docentes.

Cuando en forma provisional se colocó un techo de lámina y se improvisaron con vigas las bancas y se desplegó en la pared el pizarrón que llevaba enrollado en mi equipaje, se acercó a mí un grupo pequeño de agricultores propietarios de lotes que empezaban a roturarse para abrir las tierras al cultivo. Después de saludarnos y ofrecerme su colaboración me indicaron que ellos no estaban de acuerdo con la escuela socialista, que continuara yo con los mismos sistemas de trabajo seguidos por los maestros anteriores, que entre sus labores cotidianas leían con sus alumnos el catecismo del padre Ripalda con las explicaciones correspondientes. Yo les contesté amablemente dándoles un resumen pormenorizado de la tremenda labor que esperaba en momentos en que la escuela y la comunidad toda emergía de un desastre. El río había arrasado prácticamente con todo, dejando sólo en pie los muros

de piedra de las construcciones fuertes cuyos moradores ya habían vivido inundaciones similares años atrás.

En forma comedida les pedí que me dejaran cumplir con mi trabajo, que lo vigilaran y si después de juzgarlo no les agradaba, me lo comunicaran y que yo les prometía trasladarme a otra escuela sin que hubiera necesidad de que hicieran gestiones que les llevarían tiempo.

Por demás está aclarar que los pequeños poblados tenían sus tipos representativos de las corrientes políticas y que quienes me habían entrevistado correspondían al grupo conservador.

Al reincorporarse los grupos campesinos que se habían refugiado en los pueblos circunvecinos situados en las laderas altas de la Vega, volvió a tomar forma una comunidad en que convivían algunos de los exhacendados de tierras expropiadas por pequeños propietarios y ejidatarios. Destacaba entre los ejidatarios un líder que era muy apreciado en toda la región, por haber manejado en forma inteligente y llevado a feliz término el reparto agrario, y tener siempre a la mano los contactos con las autoridades respectivas para tratar los problemas de nuestra comunidad y de las circunvecinas, ganándose el respeto y simpatía aun de los que habían sido afectados en el reparto agrario, que se realizó con estricto apego a las leyes.

Ante esta situación, ¿cuál era el programa que la escuela iba a emprender? En cuanto al enfoque doctrinal, experiencias vividas me llevaron a la convicción de que los problemas surgieron porque no hubo normas técnicas y políticas adecuadas para plantear y difundir el proyecto de reforma educativa, puesto que ya el pensamiento de Morelos se había adelantado más de cien años con un ideario que con el tiempo formó parte del espíritu de nuestra Constitución. Es decir, que las ideas fundamentales que precoriza la escuela socialista provienen de un contexto histórico profundo y propio, que llega hasta nuestros días cuando se habla de justicia social. Así, lo lógico era, en tiempo y lugar oportuno narrar la historia de las luchas de nuestro pueblo dentro de ese espíritu. En cuanto al programa:

a) Estudiar el ámbito escolar, es decir, la comunidad y los recursos de que disponía.

b) El edificio, su reconstrucción hasta hacerlo habitable.

c) El mobiliario.

d) Los servicios sanitarios.

e) La recreación, el teatro, el deporte.

En el aspecto social, promover la solución de los problemas de la comunidad:

a) Las vías de comunicación que estaban interrumpidas.

b) Saneamiento, que comprendía la reconstrucción de las letrinas sanitarias.

c) La desecación de los encharcamientos para evitar el paludismo que era endémico en la región.

Las juntas del Comisariado Ejidal se iniciaron en la escuela, para lo cual fui designado secretario, asesor y consejero con voz y voto. Ennumerar todo lo que hubo que hacerse sería extender demasiado esta exposición y nos apartaría del tema. Lo básico fue el desarrollo de una mentalidad creadora al enfrentar la solución de los problemas que afectan a la comunidad con el estímulo de servirla, ya que ello se revierte en bien de la familia propia.

Había que atender la problemática de las fuentes de recursos económicos para la supervivencia y enfocar la solución con los elementos humanos y materiales disponibles, sin desalentarnos la pobreza de los mismos. Para ello el maestro formularía un plan de desarrollo apropiado a las circunstancias ubicando y asesorando a los elementos activos de la comunidad y cuando los recursos propios no bastaran, promovería la gestión ante las autoridades oficiales sin esperar pasivamente los resultados.

En resumen, una escuela socialista sería la más humanista, la que se adhiera a los infortunios del pueblo y a partir de ellos proyecte y oriente su resurgimiento.

Al encontrar los escollos que representan las formas injustas de organización de la sociedad, estamos ante el contexto que impulsó los movimientos revolucionarios que la historia nos relata y de los que debemos hacer conciencia.

Con este criterio y secundado por elementos representativos de la comunidad, se pusieron en marcha pequeños proyectos, muchos de los cuales ya eran tradicionales en las escuelas rurales, es decir, nombrar las comisiones para el acondicionamiento de los servicios sanitarios, la reconstrucción de la cancha deportiva y el teatro al aire libre.

Para las clases de ciencias naturales se improvisó un laboratorio sencillo cuya pieza principal era un microscopio que un médico me obsequió y en el que los alumnos hacían sus observaciones de células y microbios. En pequeños tubos de ensayo, se ponían en agua diferentes tipos de hojas de vegetales o pétalos de flores hasta que entraban en descomposición. Del líquido se tomaba una gota para observar microorganismos vivos en tanto se les daban las correspondientes explicaciones.

Se construyó además un pequeño aparato de radio de los llamados de galena, que no requerían corriente eléctrica y cuyo implemento más caro eran los audífonos que se compraban de segunda mano hasta en cinco pesos.

Algunos campesinos aprendieron a hacer sus propios aparatos en los que, en la noche del día de la expropiación petrolera, se asombraron al escuchar el discurso del general Cárdenas en una retransmisión. Años más tarde ofrecí mis modestos conocimientos a la Secretaría de Educación Pública para que estos pequeños radios se pudieran poner al alcance de las comunidades rurales. No tuve respuesta.

Como parte de las labores sanitarias, una comisión debía sanear un pantano que los vecinos denominaban "El Brazo", que al plagarse con lirios acuáticos, hacía proliferar los moscos *anópheles* portadores del microbio del paludismo que llegó a enfermarnos a todos los maestros de La Vega. Hicimos al efecto, llegar brigadas sanitarias para asesorarnos tanto en la campaña contra el mosco como contra el paludismo, retirando el lirio acuático y repartiendo entre la comunidad pastillas de quinina o de atebrina.

Puesto en marcha el plan para atender el problema de la salud, proseguimos con la reconstrucción de la escuela aprovechando los muros que habían quedado en pie. El carpintero, con sus ayudantes, fabricó las puertas y ventanas y la estructura que soportaría el nuevo techado. Una gestión afortunada ante el gobernador Rojo Gómez nos hizo posible la adquisición de alambre y aparatos para hacer llegar el teléfono que nos comunicaría con Metztitlán, un pueblo vecino; se nos permitió talar los cedros para hacer los postes. Como en Metztitlán ya había telégrafo ¡Estábamos comunicados con todo el mundo!

Fueron dos años y medio de arduo trabajo cuyo relato requeriría muchas páginas. Basta decir que en el festival que se efectuó en la escuela al finalizar el año escolar, en el que los niños estrenaron su teatro y mostraron orgullosos las bambalinas decoradas por ellos, los padres de familia, satisfechos por las actividades de sus hijos, que además fungieron como actores en las dramatizaciones y "juguetes cómicos" inquirieron si esta forma de laborar, que abarcaba tantos aspectos, era nueva. Yo les respondí afirmativamente, que "era mi interpretación de la escuela socialista", lo que les sorprendió grandemente, incluyendo a los que en un principio la repudiaban.

El paludismo había minado ya mi salud y en contra de mi voluntad, la de los buenos amigos maestros y los campesinos, me trasladé a Pachuca, previo a las gestiones de rigor ante las autoridades educativas que comprendieron mis razones, concediéndome el cambio a la escuela de Real del Monte. En Pachuca me atendió el doctor Acoltzin hasta sanarme, no me cobró honorarios; los servicios médicos para maestros se iniciaban apenas en la ciudad de México...

A pesar de todos los esfuerzos que el maestro realiza por atender las ansias de conocimiento de los niños y el afán de progreso de los campesinos, siempre quedan muchas cosas por hacer. Al tener que abandonar una escuela por los azares propios de su misión, siente la angustia de no haber realizado todo lo que se proponía llevar a cabo.

Las escuelas de las aldeas más pequeñas que no aparecen en las cartas geográficas, como Sancillo, Magdalena, Plomosas, que visité al hacerme cargo un año de la escuela de Magdalena, son los casos verdaderamente conmovedores donde grupos de familias campesinas viven del pastoreo de pequeños rebaños de cabras, que a su vez medran en las escarpadas laderas de las barrancas, en cuyo fondo corre el río Amajaque que más adelante recibe el nombre de río Moctezuma y al desembocar en el Golfo de México se llama río Pánuco. Muy pocas cosas puede hacer el maestro ante la extrema pobreza del medio, salvo impartir la enseñanza que dará al niño el conocimiento de la lectura, la escritura, las cuatro operaciones fundamentales y pláticas sobre geografía, historia de México y ciencias naturales. Pude ayudar a sanear un pequeño manantial del que la aldea se abastecía de agua.

En mis largas caminatas desde Actopan a la escuela había mucho tiempo para meditar y, en la soledad de las veredas recordaba un pensamiento muy bello que siempre me había servido de norma en mis tareas: "Siembra flores por donde quiera que pases, porque por allí no volverás a pasar". Ese pensamiento romántico de Marden quise materializarlo. Compré en Actopan semillitas de flores diversas que a mi paso por dichas veredas esparcí. Para mi sorpresa y el asombro de los campesinos de la región, en el verano florecieron y más tarde poblaron las faldas de la montaña. Guardé en secreto una inmensa alegría.